

UMBERTO PASTI

ARABESCO

AVENTURAS TANGERINAS
DE UN COLECCIONISTA

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE LUIS ARIAS

BARCELONA 2026



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Arabesco*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2024 by Umberto Pasti
Publicado con la autorización de The Italian Literary Agency
© de la traducción, 2026 by Luis Arias García
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

Imagen de cubierta a partir de una ilustración de Umberto Pasti

ISBN: 979-13-87964-11-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 1333-2026

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
----------------	---

PRIMERA PARTE

1. La llegada	19
2. El pabellón del caricaturista	31
3. El pabellón de los panteras negras	45
4. Una rareza del viejo Tánger	57
5. Terracotas de la vergüenza y pollitos	69

SEGUNDA PARTE

1. Diego	87
2. El telar del tiempo	111
3. El jardín	135
4. Beljiki	153

TERCERA PARTE

1. Sin blanca	163
2. Las alfareras	181
3. <i>Chinerías</i>	193
4. El intercambio nocturno	201
5. Mis letritas	209
6. La gran vida	217

<i>Epílogo</i>	235
----------------	-----

<i>Advertencia</i>	241
--------------------	-----

<i>Agradecimientos</i>	243
------------------------	-----

A Lele y Rai.

*Duende, fantasma, espectro sin tamaño
tu casa es una concha vacía
déjame ocuparla como un cangrejo ermitaño.*

PRÓLOGO

Todo tiene que pasarme a mí. ¿Cuántos años llevo viviendo con un fantasma? El término me parece demasiado sutil, sólo da una idea de la clase de tío que me está atormentando. Un andaluz pequeñito e invasivo. ¿Desde cuándo vivo con un duende? *Duende*, contracción de «dueño de casa», tiene una rendija entre la *n* y la *d* en la que se encastra un filamento maléfico. Por ella se filtran la luz de una cocinita y el olor a cocido de garbanzos que borbotea en el hornillo. Un duende (sinónimo de encanto y fascinación, ¡ja-ja!) al que, desde la noche que me regaló sus dibujos, no dejo de ver por todas partes. Un mujeriego celoso y chovinista con sus caprichos y sus manías. Un pintor negado. Un pincel apelmazado. Pero ¿qué pasa? ¿Qué es este estrépito que ha interrumpido mi sueño? Enciendo la luz: la mesilla en la que antes estaba el plato de Wedgwood decorado con los menhires de Mzora ahora está vacía. Bajo la mirada al suelo y los ojos se me llenan de lágrimas. ¡Qué desastre! Maldiciéndolo, recojo los añicos. Se está pasando, nunca se había permitido tocar mis cosas. Pero si quiere guerra, la tendrá. Adiós, único superviviente de la vajilla encargada por un viajero erudito que amplió su *Grand Tour* para colarse en nuestra Stonehenge africana; adiós, testimonio del redescubrimiento dieciochesco de la Edad del Bronce en el territorio de los yebalíes. Ah, si se pudiese asesinar a un fantasma, juro que... Por suerte, son sólo cinco trocitos..., seis. Ojalá Soufiane, el cocinero artista, consiga pegarlos.

Más tarde, mientras me ducho, me parece ver su cara triste en el espejo del lavabo: «¡Fuera, canalla, vete!», gri-

to. Pero no, es el reflejo de la foto a la albúmina del hechicero heddawa que colgué la semana pasada. Con una risotada grosera, el bárbaro de poco más de un metro de altura se materializa sentado en el borde de la bañera. A pesar del vapor y las salpicaduras, su chaqueta de paño color antracita está seca. Saca una lengua rosa y larga como una alfombra de escalera y la desenrolla con la destreza de un vendedor de bazar que quiere impresionar al cliente. Me guiña un ojo y se la traga.

«¿Lo entiendes o no?—chilla—. ¿No comprendes que tienes que escribir la historia de esta casa? ¡Mi casa! ¡Entera! ¡Habitación por habitación! ¡Escribe! Si no...». Hace girar las pupilas, hincha los mofletes. Aparto la mirada y sigo enjabonándome la espalda. Por desgracia, ignorarlo no es suficiente para que desaparezca. «Si no... ¡Hasta aquí hemos llegado! ¡Se acabó!». Silba, brinca, ríe. Hago como si nada. Se desvanece en una nubecilla de humo, reaparece. Me desconcierta cuando cambia de tamaño. Antes era un hombrecito, ahora es pequeño como una avutarda.

—¡Manos a la obra!, ¡dedos al teclado!—grita desde dentro de un armario del que estoy sacando un par de pantalones. Me muerde la mano..., ah, no, es la percha del Old Cataract de Asuán, de joven las coleccionaba—. ¿Sobre ese pueblucho de palurdos en medio de la nada has escrito un libro entero y sobre mi villa ni siquiera una línea? ¿Y todo ese rollo de las plantas que hay que salvar? Pobres plantitas, pobres florecillas..., regresa, oh, amor mío, ya están floridos los collados... Pero, ¡ese jardín no habría existido jamás si no fuese porque antes existió éste! ¡El paraíso nació aquí! ¡Aquí! ¡En mi reino!—Y me mira amenazante—. ¡Tienes que escribir sobre mi casa! ¡Cumple con tu deber! ¡Escribe y describe, coño! Y después...—ahora abre los ojos como platos, en las obsidianas de sus pupilas se dibu-

ja un ritual de sangre cartaginés o fenicio—... ¡Después llegará la hora de la fá-bu-la, fá-bu-la, fá-bu-la!

—¿Pero por qué, Diego? ¿Por qué lo has roto?

—A mí qué me cuentas. Las cosas, tarde o temprano, terminan rompiéndose, y cuantas más tienes más se rompen, ¿no lo sabías? Pero si no te das prisa dentro de poco no quedará nada, niente di niente, se acabará todo, todo acabará empeñado, todo acabará en los montes de piedad...

—Los montes de piedad ya no existen.

—Pues por eso. Como yo y como tú, pobrecito...

—¿Por qué no me dejas en paz?

—¡Porque tienes que escribir! Deberías tener un amuleto, un talismán.

Creo que sé por dónde va: se refiere a esos folletitos con escritos coránicos metidos en un cacharro metálico o de cuero que muchos marroquíes llevan colgado del cuello. Seguro que tengo alguno en un cajón. Le dejo plantado, vuelvo al baño, respiro hondo, cojo la maquinilla de afeitarse, abro el grifo... y aquí está otra vez. Me salta a un brazo, aprieta sus dedos contra mi nuca como un bebé, como un tití: «Si no escribes, te vomito».

Me baña las mejillas con un líquido cremoso que huele a limón. La espuma de afeitarse desaparece, el olor persiste. Se ajusta el cuello abotonado de la camisa. Me enjuago la cara. Los residuos de mi afeitado son del mismo color que sus sienes. Aunque no lo refleja, veo que me mira fijamente a través del espejo, y, con voz sonora y metalúrgica como los chirridos de la primera serrería que hubo en Char Ben Dibbane, la de don Ignacio: «¡Ay!, el señorito se ha ido al campo a oxigenarse... ¡Oh!, le encanta la naturaleza... ¿Crees que no sé que tus bulbos son meros trofeos de coleccionista?».

Es verdad, últimamente reunir la mayor cantidad po-

sible de especies bulbosas se ha convertido en una obsesión. Pero a él qué le importa, tengo derecho a obsesionarme como tengo derecho al verde y los calveros de Rohuna.

—Construyendo esa casa de campo y ese jardín en medio de la nada te has metido en un buen lío, amico.

Me he puesto una camiseta, me siento más seguro.

—Diego, basta ya... Te tenía por una persona razonable. ¿Estás tan celoso de mi finca que arrasas con todo como un vándalo, como un vulgar geniecillo odioso...?

—¿Celos yo?, ¿de los jennun?, ¿de esos gnomos rústicos, de esos paletos insolentes que se han aprovechado de tu ignorancia, de tu imbecilidad?

—¡Esto es el colmo!

—Si no sabes colocar tus platos como Dios manda no es mi culpa. Esta ciudad es tu destino. Esta ciudad, esta casa, este jardín. Tu único sino. ¿Comprendes? Mi casa, la preciosa casa que llegó a tu vida mucho antes que todo lo demás...—Sin darme tiempo a replicar, ya ha abierto a tope sus ojos maquillados y soñadores—: «*Noche de cuatro lunas | y un solo árbol | en la punta de una aguja | está mi amor bailando*»—una canción andaluza popular en los cafés del Tánger de su época. Y empieza a moverse: un pasito hacia delante, uno hacia atrás, otro al lado, el tronco rígido, los brazos levantados. Grotesco e irresistible como Heliogábalo niño al pie de las murallas de Emesa cuando persuadió a los pretorianos de que lo proclamaran emperador—. ¡Al bar Mar y Cielo!, ¡a la tasca de don Rodrigo!, ¡a La Calita!—grita, y siento una punzada de nostalgia—. ¡Al ambigú de Pepe Blanco!, ¡al Camagüey!—. Como cuando canta flamenco, basta que mencione una cosa, una persona, un lugar del pasado, para que yo me ponga a fantasear y me quede embobado.

Arrullado por su voz anticuada, disonante, siderúrgica,

me imagino en el puerto de Tánger, una noche de hace unos ochenta años: los sapos apareándose en el cañaveral junto a los desmontes del recién trazado y pomposamente bautizado bulevar Pasteur, el frufrú de las faldas de Amparo y Consuelo que se recogen tras la tertulia del Opus Dei arrebujiándose en los echarpes, los dos chulos al acecho que se levantan, se contonean y, elevando los codos, bailan en la arena bajo los rayos de la luna que se balancea como una cuna... Fandangos, bulerías, cante jondo... Pero ¿por qué, por qué, después de tantos años, la historia de esta tierra, de esta protuberancia del continente negro, me sigue embrujando? ¿Tal vez porque es aquí, delante de mis ojos, a donde llegan los migrantes? ¿Porque en este momento, delante de mi lavabo, me parece oír resonar las plegarias desgarradas por el viento del Este que barre las áridas costas? ¿Porque entro en el burdel de Madame Lola que huele a talco con perfume de rosas mientras en mis manos se seca la sangre de la matanza de los atunes? ¿Por qué yo, que me he retirado al campo, lejos de todo, y me estoy poniendo un jersey, tengo que seguir a esta monja con halitosis que se inclina sobre los enfermos terminales en el pasillo de un hospital? ¿Todo por culpa de un duende?, ¿del fantasma de un caricaturista? ¡Maldito seas!, ¿por qué te habré conocido, Diego?

—¡Tú y yo no nos habíamos visto nunca!, ¡nunca!— protesta pérfido—. ¿Sabes por qué?—Se responde a sí mismo, claro—: ¡Porque yo bailo ligero en la fá-bu-la, fá-bu-la!—Y mueve las manos como Caterina Caselli cantando *Nessuno mi può giudicare*—. ¡Y tú eres una bú-fa-la, bú-fa-la! Y te hundes en la nostalgia, abrumado por tus cosas, sin un duro...

Ha levantado un brazo, chasquea los dedos. Me escapo al despacho sin darle tiempo a que comience a imitar a la

Carmen de la cajetilla de Gitanes y lance la habitual ráfaga de «¡Pzetas!, ¡pzetas!» con la que suele acribillarme, cachondeándose, encima, de un pobre sordomudo. No necesito que me recuerde que corren malos tiempos y estamos en época de vacas flacas. Me siento en el escritorio siciliano que me regaló mi madre. Pero ya está aquí otra vez, me guiña un ojo, se acaricia el bigote embreado y, apostado en la estantería yebalí colgada encima del gran espejo holandés, se acomoda el tiro de los demasiado ceñidos pantalones y cruza las piernas como un viejo *bon vivant*. La suela gastada tapa la cenefa de narcisos pintados y roza el marco dorado con cintas labradas.

—¡Escribe!, ¡escribe si quieres salvar tu alma!, ¡escribe para salvar nuestra casa!

—¿Me prometes que no romperás nada más?

—Tú estás loco. Ese platito horrendo se cayó solo.

—¿Me prometes que cuando haya terminado me dejarás en paz? ¿Del todo?

Sonríe.

—Luego... Luego ya me encargaré yo de que pase algo.

Frunce los labios y me manda un beso. El dibujo de su boquita rojo cereza revolotea un instante en el aire y aterriza en mi frente. Aborrezco sus estúpidos efectos especiales de dibujos animados.

—Fabulaaaa, mi fabulaaaa—se pone a canturrear con la melodía de *Deborah*—. Escúchame..., escúchameeee. —Se sienta en el taburete en el que he puesto la pila de diccionarios. Al menos, ha recuperado dimensiones humanas—. Te quiero mucho—dice. En un susurro, pero lo dice.

—Yo también te quiero, Diego—miento. ¿Miento? Este hombrecillo de rostro céreo y ropa raída parece un refugiado que ha pasado por incontables sufrimientos.

Abro el cuaderno, agarro el bolígrafo. Tengo la sensa-

PRÓLOGO

ción de que algo se acerca, siento sus dedos estrechando los míos.

—Venga, hombre, escribe más rápido... Escribiendo lo encontrarás, está escondido en casa...—Cuando me mira así, desde muy muy cerca, veo sus ojos cansados de niño viejo—: No es un amuleto, es una varita mágica y está delante de tus narices. ¿Te fías de mí o no?

PRIMERA PARTE

1. LA LLEGADA

¿Que por qué Tánger? Porque tomamos la carretera equivocada. Un diciembre de hace muchos años. Era la primera vez que Stephan y yo, en un R4 reventado, subimos a la cima del Reino Encantado, en el laberinto de aquel viejo norte español que brillaba como una corona de hojalata con culos de botella engastados. Poco después del cruce, nos encontramos en una pista que se adentraba en un océano de un azul aún más intenso que el de la cuchilla que marcaba el horizonte. Nos tumbamos entre los miles de iris en flor que el viento mecía como un flautín a una cobra.

Se oyó un sonido lúgubre. Por encima de la cresta de las flores asomaban unas plumas de pavo real. Largas, rígidas, algunas quebradas, un hombrecillo las llevaba prendidas en la gorra. Bajó de su bicicleta, cogió a los dos halcones encapuchados que llevaba posados en el manillar y se aupó uno a cada hombro. El hombre se dirigía a ellos con glugluteos de pavo real. Quizá por la disposición de las plumas, similar a la aureola que rodea las máscaras esquimales, tal vez por la intimidad con las rapaces que denotaba el desparpajo de sus gestos, o por la naturaleza de sus chillidos, tuve la sensación de que el hombre era un chamán sin género ni edad.

—Que Alá os proteja—dijo—. Seguro que sois amigos de la señora Marguerite.

—¿Quién?

—Una judía que viene todos los años a hacerse la cura de las flores. Una mujer iluminada.

Nos estrechamos las manos. Estaba muy pálido. Uno de

los halcones batió las alas y luego recuperó el equilibrio. El hombrecillo repitió su cantinela.

—Tranquilo, *Gadamés*, tranquiiiilo...—Nos contó que adiestraba rapaces para vendérselas a los saudíes.

—¿Y esto?, ¿dónde las has ganado?—le preguntó Stephan.

—Son las lágrimas del tiempo—sonrió tocando las medallas que colgaban de la pechera de su chaqueta y, mientras su rostro ajado adoptaba una expresión de recato fémíneo, me di cuenta de que lo llevaba empolvado y que un trazo de lápiz negro realzaba sus cejas—. Esta estrellita estaba en el tesoro de Astarte. Era una diosa, abuela de Gengis Khan. La cruz la gané en la feria que montaron por la Ashura, el luis de oro es de los hamadcha. Pero por familia pertenezco a los heddawa, soy descendiente de Sidi Heddi, el protector de los gatos, Alá tenga en la gloria su santo nombre. Y ustedes, ¿de qué parte de la geografía vienen?

—Él es francés y yo italiano—respondí.

—Pero hemos decidido venirnos a vivir aquí—añadió Stephan. Lo miré atónito.

—Sabía decisión—dijo, mientras uno de los halcones se frotaba contra su mejilla—. Aquí tenemos de todo. Triego, flores guerreras... Las ballenas se enamoran de nuestras playas y vienen a morir a ellas. Los chiquillos tocan la flauta y el gobierno nos ha prometido agua corriente en todos los hammam.

La mirada de Stephan se perdía en la extensión de iris y, entre las dunas de arena, alcanzaba y sobrepasaba una cúpula pintada de verde.

—Es la tumba del príncipe Sidi Kacem, el hijo de Idris el Grande. Como no le gustaba gobernar, se vino aquí a mirar el mar. Vais a estar muy bien, habéis llegado a vuestra casa.

Si de cada mil habitantes uno era así, pensé, había encontrado mi pueblo elegido.

—Sí, aquí estaremos bien—dijo Stephan—. Ésta será nuestra casa.

La primera, que alquilamos unas semanas después, había pertenecido a Jim Ede en los años treinta: otro presagio. Después de haber dejado la dirección de la Tate Gallery, el coleccionista inglés, convencido de los poderes terapéuticos de la belleza, se había trasladado aquí y había construido Whitestone, rebautizada Casa Azul por los siguientes propietarios. Solía hospedar a soldados británicos destacados en Gibraltar y los consolaba de la morriña mostrándoles sus Ben Nicholson, conchas marinas y muñecas hopi. Después, él y su mujer se mudaron a un par de *cottages* en Cambridge y los convirtieron en una suerte de museo en el que cualquier estudiante podía tomar en préstamo un escudo asmat o una raíz retorcida y colgarlos sobre la cama para que su influjo benéfico le ayudase a superar el examen que había suspendido en primera convocatoria.

Justo debajo de Casa Azul, en el mismo lado de la carretera que baja desde el bosque de Rmilat, está Villa Tebarek Allah. La compramos tras seis años viniendo a Tánger en todas las épocas del año. Viejo burgo cartaginés y fenicio, árabe y portugués, de la ciudad blanca nos gustaban mucho las veladas invernales en las que, con el azote de los temporales, se iba la luz y nuestros amigos ingleses jugaban a quién había conocido a más víctimas de asesinato («¿Jimmy? Nunca encontraron la cabeza, ¿o me equivoco?») mientras el resplandor de las velas transformaba sus caras, marinadas en vodka y resacas por el sol, en semblantes de reptiles carnívoros. Nos encantaba en primavera, cuando, tumbados en un prado, leyendo, nos saludaba un pastor que canturreaba siguiendo a sus ovejas. En verano...